
CAPÍTULO 4. *CALLE POLÍTICA Y CALLE MORAL:*
ESPACIOS PÚBLICOS EN JAPÓN Y ESPAÑA

Francisco Javier Tablero Vallas
Universidad Granada-Tokio

RESUMEN

Con frecuencia se asume en el lenguaje popular que una *calle* es un lugar delimitado por hileras paralelas de fachadas, casas, edificios o solares adyacentes, independientemente de la ciudad, el barrio o los peatones que la transitan. La experiencia antropológica muestra sin embargo que estos espacios urbanos, en apariencia equivalentes y morfológicamente próximos, no acontecen de la misma forma. La vida en ellos -su uso y significado- varía no sólo conforme al tiempo histórico sino a las convenciones culturales de la sociedad que los cimienta. En esta comunicación intentaremos contribuir al proceso de desvinculación de la *calle* de sus supuestos universalistas, ilustrando mediante la comparación Japón-España su peculiar pautación moral y política.

1. INTRODUCCIÓN

La mayoría de los residentes urbanos salen de sus casas y regresan a ellas sin tener en cuenta lo que ha sucedido en esos tramos viales. El uso intensivo del mp3, teléfonos celulares y agendas electrónicas nos hacen olvidar que caminamos por ellas. Siguiendo al antropólogo Marc Augé podríamos considerar estos espacios como “no lugares” (Augé 1993), es decir zonas de paso donde acontecen rutinas de ida y vuelta a las que no es necesario poner atención. Sin embargo esta apreciación -vinculada en parte a nuestra relación aprendida con la calle- suele soslayar el artificio cultural con el que están construidas y las condiciones sociológicas de clase, edad, género, etnicidad o poder que las modifican.

Este texto es una reflexión “en obras” sobre los espacios públicos basada en la experiencia residencial en varias ciudades de Japón y España¹. La investigación empezó caminando alrededor de sus vecindarios tratando de entender la estructura de sus áreas e intentando experimentar las calles física y socialmente tal como eran vividas cada día por sus residentes.

1 Tokio, Hamamatsu y Hino en Japón (1985-2010), y Madrid y Granada en España (2000-2008).

2. DEFINIENDO LA CALLE EN ESPAÑA Y JAPÓN

La *calle* –recogiendo la expresión de G. Simmel usada para la ciudad- no es una entidad espacial con consecuencias sociológicas sino una entidad sociológica formada espacialmente². Lejos de su consideración como estructura meramente *arquitectónica* es preciso entenderla como un espacio *socialmente* producido, es decir como un cuerpo urbano vivo levantado a través de la interacción entre personas. Por ello en nuestra comparación es necesario averiguar qué tipo de acuerdos semánticos existen entre las nomenclaturas usadas para aludir a estos entornos³, pues cada denominación abre cuestiones sobre el grado socio-arquitectónico necesario para su reconocimiento como *calle*. Habría que distinguirla igualmente de otros espacios fronterizos caracterizados por el uso de medios de locomoción⁴ (jerarquizados por velocidades y nombrados de forma abstracta: M-30, A-42, o 166号, IC); frente a los que delimitaríamos los “personalizados” con identidades *socioculturales* y recorridos fundamentalmente “a pie”.

Esta tarea no es fácil, pues mientras que en España se suele distinguir entre acera peatonal y calzada asignando *nombres* para diferenciarlas⁵, en Japón estos espacios aparecen generalmente mezclados (peatones, bicicletas y automóviles) en un sistema concéntrico de esferas granulares de adscripción identitaria⁶. A distinción de las líneas rectas y anchos regulares propios del desarrollo urbano moderno, en las ciudades japonesas (exceptuando la proximidad a las estaciones y arterias principales) las calles han seguido un crecimiento orgánico adaptado a su topografía local⁷. La construcción en madera (efímera comparada con la construcción en piedra) y la ambigüedad en las políticas de zonación (suelo industrial, zonas comerciales, residenciales y agrícolas), hace difícil encontrar una contigüidad lineal en las fachadas⁸.

2 Simmel 1977: 137, citado por Vivas i Elias, P., *et al.* 2005: 69.

3 Vg.: *callejón, paseo, camino, pasaje, rambla, avenida, ronda, carrera, bulevar, travesía, corredera* en España; y *tōri* [通り], *gairo* [街路], *gaiō* [街頭], *machikado* [街角, 町角], *dōro* [道路], *michi* [道], *komicchi* [小道], *hodō* [歩道], *jindō* [人道], *rojō* [路上], *machinaka* [町中], *namikimichi* [並木道] en Japón.

4 Vg.: *calzadas, carreteras, autovías, autopistas* o *rutas*; o en japonés, *kaidō* [街道], *shadō* [車道], *kōsoku dōro* [高速道路], *baipasū* [バイパス], *intā* [インター(チェンジ)].

5 En su mayoría haciendo referencia a nombres de personas vg.: *Calle de Federico García Lorca*.

6 Si queremos encontrar el domicilio de una persona tendremos que conocer su localización concéntrica, dentro de su *ken* [県 o prefectura], su *gun* [郡 o distrito judicial], su *shi* [市 o ciudad], su *ku* [区 o barrio], su *machi* o *chō* [町 o barriada], su *chōme* [丁目 o sección del *chō*], su *banchi* [番地 o sección del *chōme*] y por último su *go* [号 o número].

7 Japón nunca tuvo lugares para el paso del ganado o transporte rodado de tracción animal. Hasta finales de siglo 19, el único vehículo de transporte que se conocía era el palanquín tirado por humanos (Cf.: Jinnai 1992).

8 La numeración de los inmuebles se pone en relación no con el *espacio* –como el caso de España (pares y nones según la dirección lineal hacia un centro)-, sino con el *tiempo*, es decir con

No obstante, es necesario reconocer fenómenos paralelos relacionados con los cambios en la relación hogar/trabajo/recreación y con el uso de los medios de transporte. Tanto en España como en Japón las calles son percibidas cada vez más desde el interior de coches, trenes y autobuses, y los espacios sociales que antes se encontraban próximos a las viviendas hoy se hallan insertos en lugares de activación intermitente: semáforos, paradas, estaciones, salas de espera o colas en vestíbulos. Estas circunstancias han conducido a la progresiva desertización de las calles y su desplazamiento a zonas privadas de venta y consumo⁹. El caminar ocurre ahora verticalmente como consumidores dentro de edificios, ascensores o escaleras mecánicas donde el encuentro con la “otredad” –que caracteriza los espacios públicos– se aleja. Si bien habría que reconocer algunas cualidades peatonales en estas áreas, la socialidad está sujeta a las condiciones impuestas por el derecho de admisión, regulada por una agenda de tiempo (apertura y cierre) e integrada en encuentros tangenciales (comerciantes y clientes).

Pero la *calle* –ahora subespacio residual– tampoco escapa a las asimetrías específicas de clase, edad o género. Aunque es imposible ocultar las diferencias económicas en Japón, sus barrios no se encuentran tan diferenciados o fragmentados como los que brotan en las periferias ferroviarias o al final de las arterias de las urbes españolas¹⁰.

Con respecto a la edad, habría que distinguir varios grados de presencia. Mientras que a los niños japoneses se les solía castigar no dejándoles entrar en casa, las madres españolas mandaban fuera a sus hijos (a jugar) como premio. En Japón los escolares aparecen de manera regulada a través de calles específicas reservadas para su tránsito¹¹, el uso del uniforme obligatorio o la compañía de tutores. Muchos lugares públicos son patrullados por maestros, padres y policía para confirmar que los alumnos no se extravían después de la salida del colegio (Sugimoto 2003: 277). Su ausencia en las calles contrasta con

el orden de construcción. Algunos edificios reciben un número independiente evitando a veces el “cuatro” (homófono de “muerte”). En muchos paseos descubrí casas residenciales junto a tanques gigantes de combustible, almacenes de acero prefabricado lindando con arrozales, huertas de verduras intersectadas en bloques de apartamentos, o fábricas de cemento al lado de escuelas públicas.

9 Vg.: *shōtengai* [商店街], *ekimae* [駅前], *ekinaka* [駅中] en Japón; y las *galerías* o *centros comerciales* en España. Las azoteas *okujō* [屋上] de algunos edificios en Japón ofrecen una alternativa a las calles permitiendo actividades recreativas o la charla confidencial.

10 En Japón los distritos urbanos de San'ya (Tokio), Kamagasaki (Osaka, conocido como Airin), Kotobuki (Yokohama), Sasajima (Nagoya) son conocidos por ser áreas de *yoseba* [寄せ場] o reclutamiento de mano de obra barata. En España el poblado de las *Barranquillas* (Madrid), *Almanjáyar* (Granada) o *las 3.000 viviendas* (Sevilla) son algunos de los más representativos.

11 Estas calles están marcadas con carteles *tsūgakuro* [通学路 o calle escolar] (v. Foto 11). Las autoridades locales y la escuela recomiendan que todos los niños sigan siempre este recorrido con horarios y lugares de reunión previamente acordados (v. Foto 12).

su presencia en actividades extraescolares *bukatsu* [部活] o en academias privadas *juku* [塾]. En España por el contrario el protagonismo de niños y adolescentes en las vías públicas es más notable. Aunque se necesitaría más investigación con respecto en otras edades, la población más longeva usa la calle con funciones diferentes: como espacio social de charla en España y con propósitos de salud (gimnasia, marcha o *walking*) en vías peatonales especiales como los *bodó* [歩道] o las laderas de los ríos *teibó* [堤防].

Con respecto al género, aunque las nuevas políticas de reparto de tareas domésticas han cambiado su composición en las calles, en un pasado reciente las mujeres españolas solían ocupar un protagonismo central a través de la limpieza de los alrededores de sus viviendas donde se charlaba en pequeños grupos compartiendo relaciones. En Japón la estricta división hogar-trabajo por género sigue haciendo que los espacios de recorrido hacia la estación sean territorio masculino y que las mujeres jóvenes con niños ocupen los parques próximos a sus viviendas.

La relación comparativa entre *calle* y clase social, edad y el género han sido brevemente comentadas. No obstante sería necesario una indagación más profunda que dejamos para futuras investigaciones. Especialmente importante sería inspeccionar la relación *calle*-etnicidad y *calle*-discapacidad.

En nuestro intento de delimitar la *calle* como objeto de análisis es preciso hacer referencia a su uso secular como *espacio cotidiano* y no imbuido con significados específicos¹². Aquí se abre un sugerente campo de investigación intercultural, pues el que no suceda nada importante no significa que no suceda nada *antropológicamente* importante. Aunque el tedio en las calles es un producto del bajo valor de la vida cotidiana en las sociedades capitalistas (la fascinación por la novedad en espacios donde están las “auténticas experiencias”), en la “normalidad” de las travesías urbanas se encierra un curriculum oculto de significados acordados que no se advierte hasta que no se rompen los pactos con los que están ordenadas.

Un método comúnmente utilizado por la etnometodología es *transgredir* las expectativas del comportamiento con fines experimentales: disfrazándonos de mendigos *pidiendo* en una calle de Tokio, devorando una *pizza* mientras caminamos o sentándonos en un banco para besarnos apasionadamente. Ninguna de estas acciones causaría demasiada inquietud en una calle española pero sí incomodaría en Japón¹³. De igual modo en las calles españolas, podríamos adoptar rutinas socialmente aceptadas en Japón, como viajar en bicicleta llevando a niños (*mamachari* [ママチャリ]), caminar bajo el

12 Como los *camino de peregrinación*, *romerías* o *procesiones* religiosas en España o los *sandó* [参道], *junrei* [巡礼] o *henro* [遍路] en Japón.

13 Caminar abrazados publicitando el romance se aprueba e incluso se idealiza en España, sin embargo en Japón no existen lazos explícitos entre calle y enamoramiento.

sol con un paraguas, o conversar en cuclillas¹⁴. La extrañeza de estos comportamientos no estaría mostrando otra cosa que la existencia de códigos de etiqueta o comunicación (las “reglas del sentido común” de H. Garfinkel) distintos; rutinas cuidadosamente escenificadas que modifican la estructura de las calles en España y Japón. La *observación participante* -otra manera de estudiar las convenciones en los espacios públicos- implica aprender a desfamiliarizarnos de las confianzas previas y a “normalizarnos” conforme a otros tipos de interacción. A través del ensayo-error descubrimos si el helado que acabamos de comprar es para disfrutarlo en la calle o sentados en el interior de un comercio. Supuestos que posiblemente contradigan nuestro sentido común pero que nos revelan distintos pactos respecto a la higiene, ubicación de papeleras o servicios públicos de limpieza urbana.

3. CALLE POLÍTICA Y CALLE MORAL: UNA LÍNEA DE INVESTIGACIÓN

Mediante la dualidad conceptual *calle política* y *calle moral* proponemos dos categorías a través de las cuales contrastar los espacios públicos en España y en Japón.

3.1. CALLE MORAL EN JAPÓN

Al lado moral nos referimos cuando consideramos las calles como espacios disciplinarios estáticos, sujetos a prescripciones que regulan las conductas y objetivan las obligaciones de los viandantes. Estos lugares están regulados burocráticamente con restricciones explícitas y subordinados a fuentes invisibles de poder. Aunque el comportamiento no es exigible con referencia a un orden jurídico, sí lo es respeto a un conjunto de intuiciones sobre lo que se debe hacer o lo que se debe evitar. En su forma más radical caracteriza las intervenciones sobre el urbanismo en sistemas totalitarios, donde –para hacer la sociedad más gobernable– los espacios públicos se apropian en la consecución de un orden idealizado.

Las calles en Japón contienen muchos elementos de este polo moral. El desarrollo industrial y la urbanización apresurada han significado la pérdida de la centralidad de los dictados de la tradición en la aplicación de sanciones sobre el comportamiento público. El miedo a los efectos negativos (ruptura de la mutualidad local, accidentes y otros daños) ha enfatizado valores heterómicos basados en la vigilancia y el control ubicuo.

14 Aunque vestigio vergonzoso del pasado, conversar en cuclillas (*shagamu* o *shagamikomu*) está recobrándose entre los jóvenes (también llamada *jibetarian* o *unkozunari*).

La supervisión policial directa o de forma delegada a través de censores invisibles es un eje fundamental. El sistema *kôban* [交番] y *chûzaisbo* [駐在所] basado en la continua “presencia” policial, hace que sus agentes deban mantenerse dentro o al lado de sus casetas observando las calles. En su misión de convertirse en parte de la comunidad, se pasean diariamente a pie o en bicicleta por la vecindad¹⁵, visitan periódicamente (dos veces al año) las viviendas y negocios locales (*junkai renraku* [巡回連絡]), requiriendo información sobre sus residentes o empleados, personas de aspecto sospecho o testimonios relevantes para la seguridad del barrio.

Muchos vecinos ven en estos agentes figuras a las que pueden dirigirse para obtener ayuda, no sólo en caso de emergencia sino como mediadores en pequeñas riñas familiares, consejos para los jóvenes, consultas sobre direcciones o para dejar objetos encontrados en la calle. Debido a ello su presencia se contempla generalmente como favorable y de hecho son muchas las casas y establecimientos comerciales que consienten ser marcados con carteles de protección policial o que aceptan voluntariamente convertirse en lugares de refugio¹⁶.



Foto 1: *Shinyû-dorobô-jûten-chiku* (zona estratégica de expulsión frente a la invasión de ladrones).



Foto 2: *Tôban-bôsbi-jûten-chiku* (zona estratégica contra el robo).



Foto 3: *Keisatsukan-tachiyorijo* (lugar frecuentado por la policía). *Pîpo-kun no ie* (casa de protección para niños).

La vigilancia de las calles ha requerido además la colaboración de agencias externas delegadas. Entre las más activas se encuentran las asociaciones de vecinos *jichikai* [自治会], las de ancianos *rôjinkai* [老人会], las de los comercios de la zona *shôtengai* [商店街], las de la infancia *kodomokai* [子供会] o las asociaciones de padres de alumnos *PTA* [acrónimo del anglicismo *Parent and Teachers Asociation*]. En particular la *jichikai* es un

15 De ahí que sean referidos con la palabra *o-mawarisan* [お巡りさん] o “señor que da vueltas”.

16 En las Fotos 1, 2 y 3 se muestran rótulos policiales visibles en casas particulares y comercios: 侵入泥棒追放重点地区, 警察官立寄所 y 盗犯防止重点地区. Los carteles son una forma de advertir la presencia policial y por tanto su complicidad. En la ciudad de Hino a las casas para acoger a niños en peligro se las denomina *Pîpo-kun no ie* (casa de protección). Otros carteles como los adhesivos de la NHK (televisión pública) funcionan también como informadores de la actividad de los residentes.

instrumento constantemente usado en la vigilancia y la detección de extraños en la calle. Todos sus titulares figuran en mapas de información pública [住宅配置図] colocados en puntos clave de la vecindad (v. Foto 4), por lo que cualquier residente sabe dónde localizar a otro en el barrio. Está dividida espacialmente en grupos *ban* [班] de unas cinco residencias con un responsable de grupo o *hanchô* [班長] que cuelga un cartel en su puerta haciendo visible su cargo (v. Foto 5). El *hanchô* hace circular mensualmente el *kairanban* [回覧板] o conjunto de informaciones comunitarias (prevención del crimen, desastres o incendios, saneamiento, reuniones recreativas, encuestas municipales, etc.) entre los miembros del *ban*. Esta segmentación apremia -bajo el principio de *rentai-sekinin* [連帯責任] o responsabilidad compartida- a que los *ban* compitan entre sí para cumplir las normas de buena vecindad en el barrio¹⁷. De igual forma las autoridades policiales y municipales esperan -sin coerción- que todas las *jichikai* de su jurisdicción compitan entre sí en la implementación de programas de seguridad, limpieza pública o campañas de higiene. De esta manera, a pesar de que inconscientemente los residentes conciben sus esfuerzos en su propio beneficio, en realidad apenas se desvían de las estrategias gubernamentales de desarrollo comunitario *machizukuri* [まちづくり]¹⁸.



Foto 4: Mapa del barrio.



Foto 5: Hanchô.



Foto 6: Panel de información vecinal.

De interés para nuestro análisis son las actividades relacionadas con la prevención del crimen *bôban* [防犯] en las calles. En mi experiencia como residente en la ciudad de Hino he participado en patrullas civiles de voluntarios *bôban-patororu* [防犯パトロール] aprovechando la salida ocasional o el paseo de mascotas. Por las mañanas (antes de la entrada a la escuela) las

17 Si un miembro del *ban* o un *ban* mismo no las cumpliera, todos compartirán la vergüenza colectivamente. A este respecto y mientras exista un apoyo a estos aparatos de base comunitaria, el mecanismo de competición y vigilancia mutua continuará difuminando la línea entre la dedicación voluntaria y la utilización gubernamental (Cf.: Sugimoto 2003: 275).

18 *Machizukuri* [まちづくり] son formas de activar o recuperar la vitalidad local, puestas en marcha por muchas administraciones. Estas sólo pueden ponerse en práctica mediante la colaboración sinérgica de las asociaciones descritas, movilizarlas para que sus residentes contribuyan con su tiempo y dinero en actividades como el *bon-odori*, *mochitsuki-taikai*, *hinoyôjin*, prevención de desastres, limpieza de canales, etc. La *jichikai*, aunque se trata de una organización auto-gobernada [自治会] con sus propios objetivos, en realidad funcionan cuasi-administrativamente siguiendo muchos de los requerimientos municipales (Cf.: Bestor 1990).

rojinkai, equipadas con chaquetas luminosas y banderines (*v.* Fotos 8 y 9), avisan a los conductores de la presencia de niños en semáforos, cruces y vías de acceso a los colegios. Las *PTA* por su parte, protegen a los estudiantes patrullando en bicicleta de forma parecida a las rondas vecinales. Incluso los mismos alumnos informan con grandes letras impresas en sus mochilas de que van equipados con aparatos de sonido anti-asalto *bóhan-buzá* [防犯ブザー実施中].



Foto 7: Vestuario para la patrulla vecinal -financiado por el ayuntamiento de Hino.



Fotos 8 y 9: Banderines para proteger a los niños en los semáforos.

El uso de mensajes visuales (signos, emblemas y carteles) dispuestos en la mayoría de las calles y cruces urbanos es un canal importante a través del cual el control moral penetra en los viandantes. Ya hemos hecho referencia a los carteles de protección policial, lugares de refugio y cargos en la asociación de vecinos (*v. supra*). La función de estos rótulos no es sólo informativa sino reveladora de la presencia de un poder ubicuo que hace al viandante desistir en sus transgresiones. Pero esta presión no se ejerce desde arriba sino horizontalmente a través de la aquiescencia vecinal o mirada pública *seken no me* [世間の目]. Cualquier esquina es aprovechada para el marcaje y advertencia¹⁹, especialmente en los postes de cableado eléctrico y telefónico *denshin-bashira* [電信柱]. Los carteles *tsúgakuro* [通学路] o vías escolares y los de prevención de delitos, se colocan allí (*v.* Foto 10, 11 y 13) en colaboración con las *jichikai*, la policía y la municipalidad. Estas señales han transformado las calles en espacios disciplinarios de vigilancia, dispositivos donde el poder no es algo meramente abstracto o legal, sino tangible y moralmente inquietante. La ausencia de vandalismo denota el grado en que estas señales son social aceptadas.

19 En los espacios privados si tienen repercusiones públicas (construcción de carreteras, edificios, etc.) se utilizarán carteles *ojigibito* expresados en un lenguaje moral (*Cf.*: Tori 2007).



Foto 10: Zona autopatrullada.

Fotos 11, 12 y 13: *tsigakuro* o calles designadas para los escolares.

El civismo y el cultivo de las buenas maneras se hace a través de apremios visuales positivos evitando la alusión a reglamentos, prohibiciones, multas o sanciones negativas (España). Con el diseño de caracteres divertidos, dibujos agradables o imágenes infantiles se apelará a la voluntad de todos en la puesta en práctica de los preceptos (v. Fotos 14, 15 y 16). También el empleo de la terminación verbal *-mashô* [〜ましょう] en muchos carteles, añade el matiz de “hagamos —” o “vamos a —”²⁰ que obliga al transeúnte que casualmente los lee a implicarse moralmente. Así sin recurrir a la condena se consigue un asentimiento y consenso generalizados que impide su destrucción o eliminación.



Fotos 14, 15 y 16: Carteles que apelan a recoger los excrementos de las mascotas.

La *calle moral* no se ejerce sólo mediante la exposición a mensajes visuales, sino a través de *sonidos* emitidos desde altavoces públicos. Las ayuntamientos y municipalidades se apropian temporalmente de las calles usando los megáfonos de aviso sísmico *kakuseiki* [拡声機]²¹ en la prevención de delitos o para motivar prácticas cívicas (ir a votar, simulacros de evacuación

20 Por ejemplo en *kawa no kirei ni shimasbô* (“mantengamos limpio el río”) y *anzen anshin na machi wo tsukurimasbô* (“construyamos una ciudad segura y confiable”).

21 *Bôsai-gyôsei-musen* [防災行政無線] o “radio administrativa para la prevención de desastres” instalados en distintos puntos del barrio.

con los bomberos, etc.). En la ciudad de Hino, por lo menos dos veces al día (13:30 am y 3:30 pm) los altavoces solicitan a la población proteger a los niños de regreso a casa y, al caer la tarde (4:30 pm) estos mismos altavoces usan canciones (generalmente nanas *vg.: yūyake koyake*) para comprobar su estado de funcionamiento y al mismo tiempo advertir a los escolares el tiempo de retirarse a sus hogares.

Hasta aquí hemos señalado algunos elementos o técnicas que –en la configuración de la *calle moral* en Japón- ordenan la vida cotidiana y ayudan a incrustar en la *pyque* de los transeúntes sistemas institucionales e ideológicos de acuerdo a los valores sociales.

3.2. CALLE POLÍTICA EN ESPAÑA

El espacio *moral* observado en las calles japonesas contrasta con la dimensión *política* percibida en España. Al lado político nos referimos cuando consideramos las calles como espacios activos de reivindicación, contestación y protesta, no sujetos a otras restricciones que la referencia a un marco jurídico abstracto y a los dictados de la conciencia individual. En estos espacios es (contrariamente a Japón) donde las personas se liberan de la disciplina moral y el poder es rutinariamente resistido. La *calle política* es un escenario abierto de negociación donde fuerzas convergentes y divergentes –en competición por el poder- ejercen constantes tensiones de acomodamiento.

Ya en los últimos años del franquismo, con la llegada del pluralismo democrático y la dilatación del mercado, las antiguas censuras del decoro social en las calles fueron consideradas un estorbo para la nueva mentalidad liberal. Estos espacios debían ser reclamos de libertad y tolerancia cuando no de subversión y rebeldía frente al orden moral. Hoy el recelo a cualquier forma de imposición autoritaria que restrinja o atente en contra de la libertad individual ha dado paso a un nuevo vanguardismo moral que –como en el caso de la desobediencia civil o la objeción de conciencia- favorece el derecho a disentir de cualquier ortodoxia establecida. Por ejemplo en varias ocasiones me encontré en las calles de Granada con nombres de calles suplantados, o faldas de papel pegadas a semáforos considerados *machistas*. En muchos casos estos activismos han tenido éxito y han acabado institucionalizándose, como es el caso de los municipios de Jaén, de Cáceres o de Fuenlabrada en Madrid (*v.* Foto 18) donde el reconocimiento de valores feministas han cambiado la simbología de los semáforos. Así los peatones a través de su afirmación activa se transforman en protagonistas en la transformación de las calles. Si en los espacios públicos en Japón, se aprecia una *heteronomía* moral, en España es la *autonomía* o libre determinación personal la que se reconoce.



Foto 17: Un semáforo en Tokio (Japón).



Foto 18: Un semáforo en Jaén (España).

Posiblemente enraizada en la tradición mediterránea del ágora o –como reconocen algunos autores- debido a la incomodidad de las viviendas²², la *calle* ha jugado un papel fundamental en la vertebración de la vida urbana en España. La charla en poyos, bancos (o asientos públicos), aceras, portales, o a través de ventanas y balcones, sigue siendo una práctica tan habitual²³ que algunos sociólogos han descrito las calles como *lugares de intimidad* (De Miguel 1994: 79-96). A pesar de que cada vez menos mujeres y familias salen juntas cogidas del brazo luciendo sus mejores galas, la costumbre del *paseo* continúa siendo una práctica en muchas ciudades y pueblos. Los niños juegan en la calle y para muchos jóvenes la geografía del barrio proporciona una parte importante de su identidad. Muchas personas prefieren llevar una vida localista en el sentido de ser reacias a dejar su familia o amigos para irse a trabajar a otra ciudad. En contraste con la brevedad de los encuentros en las calles japonesas, el contacto casual o incluso la conversación entre desconocidos sigue despertando la simpatía entre los turistas. Los vecinos de los barrios de clase trabajadora suelen relacionarse en la calle, bajar a las terrazas de los bares o apoyarse en los coches aparcados en las cercanías para beber al aire libre. No es extraño ver a gente parada, consumiendo alcohol, recostada en la pared o simplemente mirando ociosa el paisaje humano. Huellas innegables de la importancia social de la calle pueden apreciarse en expresiones populares como “una persona de la *calle*”²⁴ o cuando la *calle* se emplea para referirse al “público que opina, desea o reclama como conjunto” (DRAE acepción 6).

22 Cf.: De Miguel 1994: 72.

23 23/06/2003, Calle Real de Cartuja (Granada): dos hombres de mediana edad hablan entre sí en voz alta. Uno está sentado en el escalón del portal de su casa y el otro apoya su pie en un árbol a unos metros del portal. La gente pasa entre medias de los dos cortando su conversación, pero ninguno parece extrañarse.

24 En japonés no se hace referencia a la *calle* para denotar “cualquier persona”

Fotos 19, 20 y 21: La *calle* como lugar de intimidad.

Esta *íntima* relación con la *calle* ha propiciado su utilización como lugar de movilización política. Pero en contraste con la proximidad de las agencias administrativas (Japón), en España se evidencia una distancia frente a ellas. La *calle* vinculada con la lucha por las libertades en el proceso de democratización se ha convertido -a diferencia de los espacios de disciplina social de Japón- en un lugar de relativismo y crítica, es decir, un lugar donde las personas resisten a ser controladas enfatizando su divergencia. Mientras en Japón estos espacios sirven para regular valores, en España son una arena singular para negociarlos y subvertirlos. Besarse en público fue un símbolo de oposición al régimen nacional-catolicista y ahora el cortejo entre homosexuales o las fiestas *queer* lo es frente a una sociedad considerada homófoba y conservadora (v. Foto 22).



Foto 22: “Fiesta de la visibilidad”. IV Manifestación por los derechos de gays, lesbianas, bisexuales y transexuales.

Del *mirar* pasivo en los bancos se ha pasado a la *acción* directa en grupos, movimientos sociales y estudiantiles que se *echan a la calle* para tomarlas en rebeldía bajo el grito “no nos mires únete”. Desde las *pintadas* políticas nocturnas de la década de los 70, pasando por las *clases en la calle* de las protestas universitarias, hasta la novedad del *graffiti* en los 80 y 90, los espacios públicos se han convertido en lugares de creciente apropiación sin apenas resistencia

social. Estopa, uno de los grupos de “rumba-rock” más vendidos en España, incitaba en 2004 con el álbum *La calle es tuya* -número uno en ventas-, a todo aquel que antes la reclamase. Muchas tribus urbanas aprovechan ese reclamo para convertirlas en sus territorios a través de la ropa, la alteración corporal o el comportamiento. En contraste con las vigiladas calles japonesas, las expresiones espontáneas son generalmente aceptadas pues, como espacio de libertad donde todo *debe* permitirse²⁵, la *calle* ofrece en un lugar meritocrático donde destacar frente a la precariedad o la falta de reconocimiento social. Especialmente la noche funciona como una válvula de escape donde los más jóvenes se liberan de las ataduras morales familiares y de las trabas censoras de bares o discotecas.

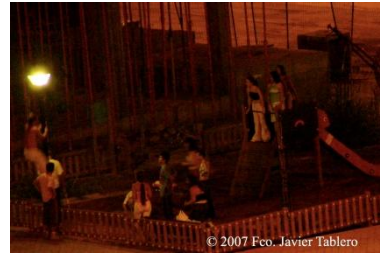


Fotos 23, 24 y 25: “La calle es tuya”.

Los espacios públicos competitivos y abiertos a todas las tendencias, corren el riesgo de convertirse en terrenos de nadie. No sólo porque lo que tienen de compartido se apropia cada vez más con propósitos exclusivos, sino debido a que el anonimato y la ausencia de intereses comunes colapsa la interacción real y destruye el tejido comunitario necesario para la convivencia. Por ejemplo, el uso de la *calle* como lugar intensivo de ocio juvenil (en el *botellón*²⁶ o en la práctica del monopatín) ha terminado superando las capacidades de acogida de muchas vías públicas (mobiliario urbano, fuentes o urinarios), y su *ocupación* ha acabado desplazando a la población de más edad hacia refugios privados (bares o televisión del salón de casa).

25 *Calle*. “Por contraste de cárcel, detención, etc., **libertad**” (DRAE Aceptación 5).

26 En el *botellón* a diferencia de la *litrona* -en la que se bebía en grupo cerca del bar-, el consumo de alcohol se hace público y compartido en calles y parques.



Fotos 26 y 27: Botellón en un parque infantil público de Granada.

Si en la *calle* todos somos iguales por desconocidos, en ella -como el *flâneur* de Baudelaire- podemos permanecer escondidos. Cuando en el ámbito privado las malas maneras se controlan, lo público parece la zona apropiada para la irresponsabilidad y el desinterés. “Dímelo en la calle” el título del disco de Joaquín Sabina de gran éxito en el 2002²⁷ expresa cómo la cortesía privada parece estar inexorablemente conectada con la desatención en lugares públicos²⁸. El abandono de basura²⁹, el vandalismo³⁰ o la apelación a la violencia para dirimir conflictos causan ya poca extrañeza, pues la abstracción de las leyes no bastan para inhibir la imprudencia y menos para fomentar el civismo³¹. Sólo los que están condenados a vivir en ella, los socialmente excluidos, la experimentan como comunidad debido a sus redes de obligaciones y ayuda mutua. Esta apatía tiene consecuencias disfuncionales que se reflejan una “geografía del miedo” (o la *calle de la amargura*) hecha de estéticas

27 En la carátula se ve la cara de Joaquín Sabina con guantes de boxeo y una herida en la cara. En la foto trasera aparece el autor orinando en la calle. El título es una versión de la frase “eso no me lo dices tú en la calle” en la que la *calle* a parece como espacio socialmente aprobado para ejercer la violencia.

28 Así lo reconoció la Concejalía de Medio Ambiente (Ayuntamiento de Granada) cuando denunció en ese mismo año (2002): “Existe una enorme irresponsabilidad y desprecio para lo público. No se tienen en cuenta las más mínimas normas de higiene porque ya vendrá alguien a arreglarlo después”. (*Diario Ideal de Granada* 07/05/2002).

29 Siguiendo la observación de la nota 23 en una calle de Granada, bajo el árbol donde el hombre se apoyaba existían abandonados varios excrementos de perro, una lata de cerveza, papeles y una cajetilla de tabaco rondando entre sus pies. Esta situación -incomprensible en Japón debido a las actividades de limpieza comunitaria- no parecía afectarles, pues formaba parte de un paisaje que al día siguiente desaparecería gracias a los barrenderos municipales.

30 03/10/2003 Barrio de San Blas (Madrid): dos mujeres caminan junto con un niño que no para de corretear, subiéndose por las rejas de un colegio, pegando patatas a un cubo de basura y a los bancos cercanos. “¡Qué vitalidad!” dice una de sus tutoras. “Déjalo que corra, que tiene que correr” añade al parecer la madre. El niño va y viene golpeando todo lo que encuentra en su camino: farolas, buzones de correos, etc.. Las dos mujeres siguen su conversación como si los golpes estridentes al mobiliario público fuesen algo normal en la vida del niño.

31 30/04/2003 Calle Mesones (Granada): una paloma atropellada permanece muerta en la calzada. A pesar de la visibilidad de sus plumas esparciéndose por el aire ningún viandante o conductor se detiene a recogerla como hubiera sido lo habitual en Japón (en mi experiencia).

carcelarias, barrotes de hierro, verjas, enrejados, candados o portones eléctricos para impedir el acceso de vándalos, meones, camellos o graffiteros.



Fotos 28, 29, 30, 31, 32 y 33: Estética carcelaria y vandalismo.

La violencia está menos ritualizada que en el pasado por lo que uno tiene que prestar atención a las características que identifican a los sospechosos y calcular su comportamiento. Si se quiere sobrevivir en un espacio contestado postmoderno hay que *abrir calle* sin evitarla, *haciéndola* uno mismo, convirtiéndonos en observadores sensitivos, siendo sabios y avisados en relación con las percepciones de seguridad y peligro; sabiduría que sólo se alcanza siendo veteranos en sus encuentros.

4. CONCLUSIONES

Las calles en Japón son lugares en los que se reproducen y transcriben prácticas morales específicas, donde el orden no se negocia, se muestra y se legitima. Hemos señalado algunas técnicas de regimentación moral (vigilancia, inculcación visual y sonora) que hipostasían el poder en la normalización del comportamiento público. Sin embargo sería parcial fijar estos espacios como exclusivamente morales o anuladores de la competición política. El descontento popular, las manifestaciones, el activismo furtivo de actividades contraculturales o la reclamación de votos, tienen también en las calles japonesas lugares dinámicos de operación. De igual forma, aunque hemos descrito la politización de las calles en España, esa versión no anula la dimensión moral que continúa presente en la compasión con los pobres, la

inhibición de la obscenidad o el sonido de las campanas de las iglesias. El reconocimiento del sentido moral y político en las calles de Japón y España tampoco impide reconocer analogías en otras sociedades. Sin embargo aunque estas configuraciones morales o políticas existan en cualquier ciudad, hemos querido compararlas (Japón-España) para revelar analíticamente su contraste de forma más explícita.

Esperamos haber expresado el grado en que las calles japonesas y españolas se han transformado respectivamente en espacios funcionales de control moral (a veces opresivos) o de reclamación política (a veces caóticos), y abrir así una línea de investigación que contribuya al conocimiento de los espacios públicos en España y Japón.

BIBLIOGRAFÍA

ALEMÁN MORALES, ANA CRISTINA (2002): *Activaciones urbanas temporales: la calle nómada* (Tesis de graduación). Guatemala, Univ. Francisco Marroquín.

AUGÉ, MARC (1993): *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona, Gedisa.

BESTOR, THEODORE C. (1990): *Neighborhood Tokyo*. Stanford University Press and Kodansha International.

DE MIGUEL, AMANDO (1994): *Los españoles. Sociología de la vida cotidiana*. Madrid, Ediciones Temas de Hoy.

JINNAI, HIDENOBU (1992): *Tokyo: a Spatial Anthropology*. Berkeley, University of California Press.

SORENSEN, ANDRÉ Y CAROLIN FUNCK (Eds.) (2007): *Living Cities in Japan. Citizens' Movements, Machizukuri and Local Environments*. London, Nissan Institute/Routledge Japanese Studies.

SUGIMOTO, YOSHIO (2003): *An introduction to Japanese Society*. Cambridge, Cambridge University Press.

TORI, MIKI [とり・みき] (2007): *Machikado no ojigibito* [街角のオジキビト]. Tokio, Chikuma-shobô [筑摩書房].

VIVAS I ELIAS, P., ET AL. (2005): *Ventanas en la ciudad: observaciones sobre las urbes contemporáneas*. Barcelona, UOC.